

## ENTREVISTA

Tiene unos enormes ojos azules no desgastados por la edad y una sonrisa franca que son la puerta de entrada a una amabilidad natural que no casa nada con el hecho de que Diego Hidalgo sea hoy, probablemente, uno de los extremeños con más influencia y relaciones de nuestro país. Alto ejecutivo del Banco Mundial, filántropo, empresario de éxito y viajero por los cinco continentes, entrevistarle es tan fácil que basta con dejarle hablar ante la grabadora para que cuente cualquier retazo de esa vida apasionante. Con 50 años, casado y con cinco hijos, aunque vive en Barcelona, Diego Hidalgo está ahora más unido que nunca a Extremadura como presidente del Consejo Social y socio de la Corporación Empresarial. "No descarto venirme de viejecito a vivir aquí", afirma.



## Diego Hidalgo: "He ganado dinero cuando no lo esperaba"

El presidente del Consejo Social de la UNEX dedicó su fortuna a ayudar a Africa

MANUELA MARTIN

—Usted es hijo de extremeño y alemana y nacido en Madrid en la posguerra.

—Nací el día antes de que desembarcaran los aliados en el norte de Africa, al final del 42.

—¿Ha tenido dudas sobre cuáles son sus raíces?

—No. Siempre lo he tenido claro. Yo no he tenido raíces fuera de España porque viví aquí hasta los veintitantos años. Mis raíces extremeñas las he sentido muy profundamente y las madrileñas. Ahí están mis raíces. Mi familia materna era alemana accidentalmente. Mi abuelo era judío polaco. Vino de la región de Galitzia a Viena y se casó con mi abuela vienesa. Mi madre nació en Alemania accidentalmente y después estuvo viviendo en París hasta que conoció a mi padre. Pero yo nací y me educé en Madrid.

—Fue después cuando ha tenido vinculación con el extranjero, desde su trabajo en el Banco Mundial.

—Yo estudié Derecho y Económicas. Cuando acabé me fui a estudiar a Harvard. Estuve dos años y medio y al salir era muy altruista, estaba muy inclinado a ayudar al Tercer Mundo, y de todas las ofertas que tuve la que más me satisfizo fue la del Banco Mundial y me quedé en Washington desde el 68 hasta el 77. Pero yo tenía también la intención desde hacía tiempo de crear un organismo de ayuda a Africa. ¿Te cuento la historia? ¿Tienes tiempo?

—Sí, sí.

—Bueno, mi madre se murió en el 69, cuando yo acababa de entrar en el el banco, donde yo tenía una vida muy apretada. Me acuerdo que tuve que elegir entre tener coche o vivir cerca del Banco, donde el alquiler era más caro. Elegí vivir más cerca y no podía tener coche. Entonces se muere mi madre y me entero —cosa que mis padres me habían ocultado cuidadosamente—, de que mi abuelo había dejado una herencia considerable. Mi abuelo había sido el magnate del tabaco entre la primera y la segunda guerra mundial y tenía muchas empresas que luego los nazis se incautaron o las destruyeron. Pero dejó una fortuna bastante considerable. El Estado americano se llevó el 85% de la herencia, pero aún así dejó un capital que luego los administradores fueron aumentando y yo me encontré con problemas sucesorios importantes en Estados Unidos, en Alemania y en España al morir mi madre. Recuerdo que la primera impresión cuando me enteré de esto fue decir, caramba, esta es una cantidad importante, me tengo que ocupar del dinero porque tengo problemas fiscales. La primera reflexión que yo hice fue: "si dejo el Banco Mundial y me ocupo de sacar adelante esta herencia me voy a convertir en un instrumento del dinero, en vez de que el dinero sea un instrumento en mi vida, el dinero va a ser el amo y yo el esclavo". La primera decisión que tomé fue quedarme en el banco. Yo era muy amigo de Paco Fernández Ordóñez. El me

dijo: "vamos a salvar lo más posible, le vamos a dar lo mínimo al fisco". Yo le dejé encargado de mis asuntos en España, y puse un fiscalista en Alemania y en Estados Unidos y seguí en el banco. Una vez que se acabaron estos problemas, la segunda decisión era qué hacer con el dinero. Era una cantidad considerable, millones de dólares.

### LA GENTE MAS POBRE

—Era usted rico.

—Sí. De pronto era rico. Yo era tremendamente altruista. Hice un diagrama a lo Harvard. La primera posibilidad era: cojo el dinero y me lo gasto con actrices de Hollywood, me compro un yate para dar vueltas al mundo con señoras guapas o me lo gasto en Montecarlo en el casino... Rechazado, porque no me interesaba nada de eso. La segunda posibilidad era: lo voy a invertir en Bolsa con las técnicas que me han enseñado en Harvard, ahora tengo 27 años, pues cuando tenga 80 seré un segundo Rockefeller. Tampoco me interesaba. La tercera vía era hacer algo socialmente responsable, por la gente que más lo necesite en el mundo. La gente más pobre del mundo está en Asia, en Africa y en América. La pobreza de Asia es tan inmensa y tan terrible que si metes ocho o diez millones de dólares, que era eso lo que yo tenía, es como una gota en el desierto, no sirve para nada. En América, ¿qué pasa? Pues yo había ido a Brasil y me había quedado impresionado por unas

diferencias entre ricos y pobres horrorosas y por la opresión enorme. Pensé, si lo meto aquí voy a estar luchando contra un sistema contra el que no puedo luchar. Entonces dije: Africa es el continente donde yo realmente puedo conseguir algo. Tuve la suerte de que me ascendieron y que a los 31 años era jefe de la división de Africa, era el primer español que llegaba a ese nivel, y tenía 45 países a mi cargo. Entonces pensé, esto es maravilloso porque porque podía conocer a todos los jefes de Estado y aprender a dirigir un grupo grande, una experiencia inestimable. Creé una fundación, que se llamaba Frida, a la que di el 90 por ciento de mi dinero. Con esa fundación pensé en crear proyectos de mano de obra. El Banco Mundial me dió un gran apoyo moral y logístico e incluso económico. Estuve un año y medio llevando los dos sombreros, el del Banco Mundial y el de Frida y al final me lancé con Frida. Empezó a andar en 1977 y yo estuve llevándola directamente hasta el 83, en que decidí tomarme un año sabático. Tenía una enfermedad cogida en Africa que me vació las caderas, me las dejó huecas y me las tuve que operar: tengo prótesis desde hace cinco años. Entonces estaba cansado y vine a España. Me ofrecieron ser consejero delegado de Alianza Editorial, y ahí estuve hasta el 89, cuando la vendí.

—¿Ahora a qué se dedica?

—Ahora llevo muchas cosas. Una parte muy importante es la Universidad y la Corporación

Empresarial de Extremadura. Luego estoy metido en una serie de cosas: estoy en el grupo Prisa. Como fui fundador de El País me encontré con unas acciones importantes que han ido aumentando de valor. De El País he pasado a ser consejero de varias de sus filiales. Luego estoy en varias actividades no lucrativas. Siempre me ha ido mejor en actividades no lucrativas, aunque hay gente que se refiere a mí como empresario. Yo siempre les digo que por haber estudiado en Harvard, que dicen que es la mejor escuela del mundo, debía ser buen empresario, pero he ganado dinero cuando no lo esperaba y he perdido dinero cuando esperaba ganarlo. Al vender la editorial Labor sí que gané dinero. He ganado también en El País y en Alianza Editorial, donde nunca pensé hacerlo. Sigo siendo presidente de Frida, que continúa haciendo cosas en Africa, y tiene una filial —llamada DFC—, que es una empresa de consultoría con presencia en España y en Inglaterra. La empresa española está enormemente activa en toda la reorganización económica de los países del Este. DFC ha conseguido el contrato más importante que ha dado la Comunidad Europea a una empresa española de servicios y somos responsables de la privatización de toda Bulgaria. Estamos trabajando en Rusia, en Ucrania, y en otra serie de países de Europa del Este.

(Continúa en la página siguiente)